

compañeros, determinaron todos á morir á sí mismos, y vivir únicamente con la vida de Jesucristo. Habiendo llegado al valle de Espoleto, consultaron entre sí si sería mas seguro para ellos quedarse en aquella soledad para no tener mas comercio que con Dios. Pero en una fervorosa oracion que tuvo nuestro santo, le dió el Señor á entender que los habia escogido para trabajar en la salvacion de las almas, predicando penitencia en todas partes, así con sus ejemplos como con sus sermones. Enterados ya de la voluntad de Dios, se restituyeron á la iglesia de la Porciúncula, que les habia cedido la religiosa generosidad de los PP. Benedictinos. Al principio construyó Francisco algunas pocas celdillas; pero en breve tiempo concurrió de todas partes tanto número de pretendientes á serlo en el de sus hijos, que fué menester fabricar muchos conventos. Clamaron por ellos Cortona, Arezzo, Vergoreta, Pisa, Bolonia, Florencia y otras muchas ciudades; de manera que en menos de tres años se contaban mas de sesenta conventos. No fué el menor de los milagros de san Francisco esta propagacion tan prodigiosa y tan pronta de su religiosa familia; pero uno de los mayores milagros que se han visto en la Iglesia de Dios fué la misma vida de este portentoso santo.

Ninguno de cuantos se veneran en los altares le hizo ventajas en la mortificacion. Era continuo su ayuno, sin que jamás se dispensase en él por sus excesivos trabajos. Casi nunca comia cosa cocida, y siempre negó á sus sentidos todo aquello que los podia halagar. Si en lo que le daban de limosna encontraba algun gusto particular, por mínimo que fuese, que lisonjeara el apetito, luego lo sazonzaba con ceniza. Trataba á su cuerpo con tanto rigor y con tanto desprecio, que le llamaba el jumento; y por su gusto solo se habia de sustentar con cardos silvestres. Su cama ordi-

naria era la desnuda tierra, y una dura piedra por almohada. Su hábito en todos tiempos era una sola túnica, sin arrimarse nunca á la lumbre en lo mas riguroso del invierno, supliendo la falta del fuego material el del divino amor que le abrasaba; pareciéndole que no le podia reconocer Jesucristo por discípulo suyo si no crucificaba su carne y la maceraba con extraordinario rigor. Siendo muy blando y muy compasivo con sus hijos, solo era severo consigo; ni en su zelo se advirtió jamás el menor asomo de amargura. Despues de haber empleado el dia en predicar, en servir á los enfermos, y en todo género de obras de misericordia y ejercicios de caridad, pasaba la mayor parte de la noche á los piés de un crucifijo, ó delante del Santísimo Sacramento, deshaciéndose en lágrimas. No solo se mostraba un serafin todo abrasado de fuego en los frecuentes raptos que padecia, visitándole en ellos Jesucristo y la santísima Virgen, sino que todas sus oraciones eran unos éxtasis continuos. Su semblante estaba siempre inflamado con aquel divino fuego que le abrasaba dia y noche; por eso le llamaban el *serafin humano*, y por eso se dió el nombre de *seráfica* á su sagrada religion. Pero lo que daba mayor relieve á su elevadísima virtud, era su profundísima humildad. No hubo en el mundo hombre puro mas humilde que este gran santo. En medio de tan extraordinarios favores del cielo, no creia hubiese en toda la tierra mayor pecador que él. Hallándose tan iluminado con aquellas divinas ilustraciones, con aquellas luces sobrenaturales que recibia en su íntima comunicacion con Dios, en fuerza de las cuales habia logrado aquel comprensivo conocimiento de la religion, que solo Dios puede comunicar á una alma querida y privilegiada, Francisco nunca salia de su primera simplicidad, y penetrado íntimamente de su nada, se tenia por mas despreciable que el mas vil



gusano de la tierra. Nunca se pudo resolver á ordenarse de sacerdote, y por este mismo espíritu de humildad dió á su órden el nombre de la religion de los frailes menores. En fin, resplandecian tanto en todo el mundo las virtudes de san Francisco, era tan admirada su eminente santidad, que lo menos que asombraba á todos, tanto á los grandes como al pueblo, eran sus estupendos milagros. Por eso, nunca se dejaba ver en el púlpito, que no se deshiciese en lágrimas todo el auditorio, sin que hubiese sermon ni aun conversacion particular á que no se siguiesen ruidosas y admirables conversiones. Hallándose en Roma, donde consiguió que el cardenal Hugolino fuese nombrado protector de la órden, quiso el papa oírle predicar. Fué muy brillante y muy autorizado el auditorio; pero mucho mas maravilloso fué el fruto de su predicacion: compungiéronse los cardenales, y el papa no pudo contener las lágrimas todo el tiempo que duró el sermon.

Mientras los hijos de san Francisco se iban extendiendo por todo el universo con tan inmenso fruto, inspiró Dios á santa Clara que se pusiese debajo de su direccion. Hizo con ella tan ventajosos progresos en el camino de la perfeccion, que, renunciando los grandes bienes que poseia, á ejemplo de su santo director, fué fundadora de una de las mas santas y mas ilustres religiones de monjas que hay en la Iglesia de Dios. Dispúsoles san Francisco una regla conforme á su primer instituto, llamándose al principio *las señoras pobres*, y despues las *clarisas*, ó las religiosas de santa Clara.

Movidas de los sermones y de los ejemplos de san Francisco y de santa Clara innumerables personas casadas de uno y otro sexo, deseaban retirarse á los claustros para pasar en penitencia los dias de la vida; pero haciéndoles reconocer nuestro santo que en to-

dos los estados se podian santificar, y que no era incompatible el conyugal con una vida cristiana y penitente, les dió cierta forma de vida proporcionada á su estado, y esta fué la tercera regla de su órden. Dió el nombre de hermanos y de hermanas á los que querian entrar en esta especie de congregacion, que se llamó *la Tercera órden*, la cual florece hoy en el mundo con mucho bien y honor de la santa Iglesia.

Viendo el santo patriarca las bendiciones que derramaba Dios sobre su recién nacida religion, extendida ya por todas las provincias de Italia, todavía se consideraba como siervo inútil, y se tenia por tal. Pero al paso que crecia por instantes su tierno amor á Jesu-eristo, se inflamaba cada día mas su ardiente caridad á los prójimos; y ya la Europa entera le parecia estrecho campo á su zelo. Con resolucion de pasar á Siria para anunciar el Evangelio á los sarracenos, tomó el camino de Roma para pedir al papa la licencia y su bendicion.

Obtuvo de su Santidad todo cuanto deseó; y habiendo fundado en Roma un convento, se embarcó para Siria. Arrojóle una tempestad á las costas de la Esclavonia, y se vió precisado á restituirse á Italia. Teniale inquieto el ansioso deseo del martirio; y movido de él, pasó á España con ánimo de embarcarse para el Africa, esperando siempre encontrar en los Moros la corona por que suspiraba. En todas la ciudades por donde transitó dejó insignes pruebas del poder que Dios le habia concedido sobre las enfermedades, sobre los elementos, y sobre la misma muerte, haciendo en todas milagros estupendos; pero por una larga enfermedad que le sobrevino se vió en precision de retirarse á Italia por la segunda vez. Fuése á su primer convento de Nuestra señora de los Angeles, donde perfeccionó su instituto con adiccion de algunas nuevas constituciones. Desde allí se pasó al monte Alver-



nia donde el conde Orlando de Catania, que le veneraba como á su padre, le habia fundado un convento. Allí pasó algun tiempo empleándole en las dulzuras de la contemplacion, y convirtió á un ladron famoso. De Alvernia se fué al valle de Fabiano, otra soledad que tambien era muy de su gusto, y desde ella envió sus frailes á las misiones de Francia, de Inglaterra y de Alemania, donde en breve tiempo vió apresurarse todas las ciudades por tener religiosos de san Francisco, y por fundarles conventos.

Habiendo muerto Inocencio III, después del concilio general de Letran, pasó á Roma nuestro santo para obtener de su sucesor Honorio III la confirmacion de su orden. Recibióle el nuevo pontifice con toda la ternura y con toda la veneracion que merecia tan ilustre santidad: confirmó la orden con una bula, concediendo en favor de ella grandes y singulares privilegios. Con ocasion de este viaje á Roma, se conocieron por la primera vez santo Domingo y san Francisco, y estrecharon aquella santa hermandad que comunicaron los santos patriarcas á sus hijos en tanto bien y provecho de la Iglesia.

Cuando volvió á su convento de Nuestra Señora de los Angeles, que fué el año de 1218, celebró en él aquel famoso capitulo general, que se llamó *el capitulo de las Esteras*, porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo las celdas necesarias para mas de cinco mil frailes que concurrieron á él, formándose otras de juncos y de ramos. No vió el mundo espectáculo mas asombroso ni de mayor edificacion. Comunicado el espíritu del padre á todos los hijos, se veneraron en aquel capitulo tantos santos como religiosos; y lejos de ser necesarias exhortaciones ni pláticas para encender el fervor, lo que dió mas que hacer al cardenal Hugolino, protector de la orden y presidente del capitulo, fué moderar las penitencias

de los que se excedian en las que prescribia la regla.

Después que se disolvió aquella numerosa junta, tuvo noticia san Francisco de que cinco hijos suyos, fray Pedro de San Geminiano, y Oton, sacerdotes, fray Berardo de Corbia, Ayuto y Acurso, á quienes el mismo santo habia enviado á Marruecos á predicar la fe, habian recibido la corona del martirio. Con esta ocasion, movido de una santa envidia, se le volvió á encender su antiguo zelo y deseo. Partió, pues, para Siria, llevándose consigo algunos religiosos; y habiendo llegado á Damiata, se presentó al sultan, y con una intrepidez, digna de los primeros héroes cristianos, le declaró que solo habia venido para manifestarle la falsedad de la ley de Mahoma, y para enseñarle que no habia otro camino de salvacion sino la ley de los cristianos. Parecia consiguiente á una declaracion tan esforzada la corona del martirio; pero reservábase Dios para otro martirio de amor. Asombrado el sultan de la santidad de Francisco, enamorado de su conversacion, y mucho mas de la generosidad con que se negó á recibir los ricos presentes que le ofrecia, le colmó de honras, y le despidió rogándole que le encomendase á Dios, pidiéndole que le alumbrase. Desconfiado el santo de derramar su sangre por la fe, se volvió á embarcar para restituirse á Italia.

Retiróse al monte Alvernia, y no sosegó hasta que renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado fray Pedro de Catania. Descargado ya de aquel peso, empleaba los dias y las noches en continua comunicacion con Dios, y en ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Hacia el fin de la cuaresma de san Miguel, que hacia todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor, cuya memoria consagró la Iglesia con fiesta particular. Esta fué la impresion de las sagradas llagas en su santo cuerpo, al mismo



tiempo que el fuego del divino amor abrasaba su corazón, y le trasformaba en un serafín de la tierra. Por mas cuidado que puso en ocultar á los ojos de los hombres aquellas señales del amor divino, la sangre que derramaban hacia traicion á su humildad, y desde allí en adelante todos le llamaban el patriarca seráfico.

Despues de este martirio del amor, apenas vivia san Francisco sino de milagro, y las continuas lágrimas que derramaba le debilitaron tanto la vista, que casi no percibia los objetos. Los dos años que sobrevivió á la impresion de las llagas no fueron mas que enfermedades molestas, dolores agudísimos, éxtasis continuos, los que le acabaron de consumir, y Dios le reveló, en fin, el dichoso momento en que le queria premiar.

Luego que se divulgó la voz de que el santo habia tenido revelacion del dia de su muerte, se excitó entre las ciudades vecinas una piadosa contienda sobre cuál de ellas habia de poseer el precioso tesoro de su cuerpo; pero el mismo santo, sin tener noticia de lo que pasaba, se declaró á favor de la de Asís. Hallábase postrado en el convento de Fuen Colomba, y mandó que le llevasen al de Nuestra Señora de los Angeles, para cuya iglesia habia alcanzado de nuestro Señor el famoso jubileo llamado de la Porciúncula, el que despues confirmaron tantos sumos pontífices, asignando para él el dia de la dedicacion de la misma iglesia, cuna de la religion seráfica, y es el dia segundo de agosto. Luego que llegó al convento, mandó que le quitasen la túnica, y que le tendiesen en el suelo para morir con la mas extrema pobreza á imitacion de su divino modelo Jesucristo, que espiró desnudo en el árbol de la cruz. Diéronle aquel gusto; pero al mismo tiempo tomó el guardian una túnica vieja y una cuerda, y se la alargó diciendo: *Te doy*

*de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia.* Obedeció el santo; y viéndose cercado de todos los frailes, que se ahogaban en sollozos y se deshacian en lágrimas, levantando las manos al cielo, los exhortó á que conservasen el amor de Dios, el cual era el alma de su instituto; á que guardasen con suma puntualidad todas las reglas; á que nunca desmintiesen aquella rigurosa y perfecta pobreza, que era su distintivo y su carácter; á que conservasen con fidelidad y con infinita sumision la fe de la Iglesia romana; á que profesasen tierno y ardentísimo amor á la santísima Virgen, su querida madre, y á que mantuviesen entre sí una inalterable caridad.

Extendiendo despues el santo patriarca los brazos, y poniéndolos en forma de cruz, suplicó humildemente al Señor que echase su bendicion sobre todos sus hijos, y que los cuidase en lugar de padre. Mandó que le leyesen la pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun el evangelio de san Juan; y despues de ella comenzó él mismo á rezar con voz lánguida y moribunda el salmo 141: *Voce mea ad Dominum clamavi.* Clamé al Señor con mi voz, implorando su asistencia. *Effundo in conspectu ejus orationem meam.* Derramo mi corazón delante de él, y le hago presente mi afliccion. *In deficiendo in me spiritum meum:* Viendo que me va faltando el espíritu, acudo á vos, Dios mio, que teneis tan conocidos todos mis pasos. *Clamavi ad te, Domine, dixi: tu es spes mea, portio mea in terra viventium.* A vos, Señor, dirijo mis clamores, diciendo á voz en grito: tú eres mi esperanza, y tú mi herencia en la tierra de los que viven. Habiendo llegado al último versículo: *Educ de custodia animam meam ad confitendum nomini tuo.* Libra, Señor, mi alma de la prision de este cuerpo, para que coniesse incesantemente tu santo nombre: todos los justos esperan que me hagas misericordia, dándome lugar entre los escogidos: al



pronunciar estas últimas palabras, espiró tranquilamente en manos de sus hijos el sábado 4 de octubre del año 1226, á los cuarenta y cinco de su edad, el veinte y nueve de su conversion, y diez y nueve de la fundacion de su orden.

Apenas espiró san Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su benditísima alma, exhalando aquel un suavísimo olor que llenó de fragancia toda la celda. No se oía por las calles de Asís otra cosa que estas palabras: *Murió el santo*. Todos vieron á su satisfaccion las sagradas llagas ó señales de las suyas que habia impreso nuestro Señor en manos, piés y costado de nuestro santo. Fué llevado el santo cuerpo primero al convento de San Damian, que era el de santa Clara, para satisfacer su devocion y la de sus hijas; y de allí fué conducido como en triunfo á la iglesia de San Jorje, donde habia sido bautizado, y donde se le dió sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el papa Gregorio IX, antes cardenal Hugolino, grande amigo del santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años despues, el de 1228, el dia 17 de julio, con extraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las funciones de la canonizacion, se abrieron los cimientos de una magnífica iglesia, y el mismo papa quiso poner la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y el de 1230, cuando se celebraba el capítulo general, fué trasladado el santo cuerpo á la nueva basilica el dia 25 de mayo, colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Encontróse el cuerpo entero, y sin haberse descarnado ni consumido, y se dice que se conserva de la misma manera sin corrupcion, manteniéndose en pié sin ningun arrimo, con los ojos abiertos, y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida.

Doscientos veinte y tres años despues de su muerte, el de 1449, le vió en esta misma postura el papa Nicolao V, acompañado de un cardenal, de un obispo, de su secretario, del guardian del convento y de tres religiosos, como todo consta de auténtico instrumento.

Aunque este gran santo no se aplicó mucho al estudio de las ciencias humanas, lo suplió Dios con la luz sobrenatural y con la ciencia infusa que le comunicó, no menos que con los divinos arcanos que se le manifestaban en la íntima y continua comunicacion que tenia con el Señor. Además de eso, tenia una excelente capacidad, y poseia una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras y en todos sus modales, en sus *sermones*, en sus *conferencias espirituales*, en sus *instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el testamento de san Francisco*, en sus *cánticos espirituales*, en sus *advertencias*; y en algunas otras obras devotas de nuestro santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los santos, que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Asís de Umbria, la fiesta de san Francisco, confesor, fundador del orden de los hermanos menores, cuya vida llena de santidad y de milagros ha sido descrita por san Buenaventura.

En Corinto, la fiesta de san Crispo y de san Cayo, de quienes habla san Pablo en su epístola á los Corintios.

En Egipto, san Marco y san Marciano, su hermano,